

(Transcripción)

Roma, 30 abril 1960

### **“Tened confianza, Yo he vencido al mundo”**

No hay que buscar muy lejos para encontrar remedio y solución a los humos que vician el aire del mundo. El Evangelio es la salud eterna y quien en nombre de él y por él, incluso muere desapareciendo, también en nuestros días, tal vez ignorado por todos, vive.

Por haber amado y perdonado, y defendido, y no haber cedido, es un vencedor, y como tal es recibido en las moradas eternas.

Pero el Evangelio no tiene que ser sólo la norma de nuestra muerte; debe ser el pan cotidiano de nuestra vida.

Pasando por las calles de ciudades tradicionalmente católicas, surgen con frecuencia dudas sobre la fe de muchos. Por otra parte, sabemos cuántos han perdido el sentido de Dios incluso en nuestra católica Italia. Y esto se ve, se siente y se sabe. Cines y teatros, televisión y moda, pintura, música y periódicos lo manifiestan.

A veces, ciertas situaciones cortan la respiración, y un sentido de desaliento se apoderaría de nosotros al ver junto a los mayores a los niños inocentes, inmersos en un mundo tan poco cristiano... Pero entonces la fe, si vive todavía en nuestro corazón, nos sugiere una palabra de Jesús, de esas que son eternas. Y tú te quedas allí convencido e iluminado. Seguro, sobre todo, de que esa palabra suya tiene la actualidad de siempre. Y nace en el corazón la esperanza de que, alimentándonos de ella, no sólo nuestro espíritu adquirirá la paz, sino que, con ella y por ella, podremos pasar de la defensa al ataque contra el mal que nos rodea, para bien de cuantos amamos y queremos ver salvados.

«¡Tened confianza, Yo he vencido al mundo!»

Cuando el hastío, la desgana o la rebelión empiezan a debilitar nuestra alma en el cumplimiento de la divina voluntad, tenemos que superar esta situación. Con Jesús es posible que el hombre nuevo viva constantemente en nosotros, y así los vapores de humo del mundo que refrenan nuestra alma se disiparán.

Cuando la antipatía y el odio nos harían juzgar o detestar a un hermano nuestro, tenemos que dejar vivir a Cristo en nosotros y, amando, no juzgando, perdonando, venceremos.

Y cuando nos pesan en el espíritu situaciones que se arrastran desde años en la familia, en la comunidad de trabajo (pequeñas o grandes desconfianzas, celos, envidias, tiranías), tenemos que desempeñar la función de pacificadores y mediadores entre las partes adversas y recomponer la unidad entre los hermanos en nombre de Jesús, que trajo esta idea a la tierra como la verdad, la perla de su Evangelio.

Y si un mundo como el político o social, encallecido por pasiones, por hacer carrera, envilecido por falta de ideales de justicia y de esperanza, nos rodea, no nos dejemos ahogar. Debemos confiar y, sobre todo, no abandonar nuestro puesto, nuestro empeño. Con Uno que ha vencido a la muerte, se puede esperar contra toda esperanza.

(Escritos Espirituales/I, pp. 152-153)